

LOS PREMIOS LITERARIOS Y LA NOVELA DE LA POSTGUERRA

Samuel AMELL
Ohio State University

Aunque en el pasado próximo en todos los países las obras literarias se han visto influidas por factores que pueden considerarse extrínsecos a la literatura, en pocos esto ha sucedido con la intensidad que en España. Hechos de orden político, económico y social han, si no determinado, sí condicionado la novela española de la postguerra.

Los premios literarios han sido en nuestro país un factor de máxima importancia para el desarrollo de la novela después de la guerra civil. Pero la crítica seria no se ha preocupado demasiado de ellos, y cuando lo ha hecho ha sido de una manera mayormente negativa (1). Algunos críticos se han referido a los premios como "formas de censura" y les han achacado una serie de defectos, algunos con razón, la mayoría sin ella (2). Si tuviéramos que sintetizar la argumentación normalmente expuesta en contra del sistema de premios literarios, podría resumirse en dos puntos: su monopolización por ciertos autores y editoriales y la inclusión en ellos únicamente de novelas de fácil lectura con una temática alejada de cualquier aspecto problemático. Obviamente en estos argumentos hay un germen de razón, en especial en el que se refiere al monopolio de los premios por un grupo de autores. Ahora bien, tanto este como los otros factores de la argumentación antes citada tenemos que matizarlos.

Hay que notar que existen premios y premios y que, si bien es cierto que algunos de menos entidad pueden ser y de hecho son monopolizados a veces por un grupo de escritores a los que puede calificarse de especialistas en premios, también lo es que los de mayor entidad, como el Nadal o el Biblioteca Breve, por ejemplo, cuentan entre sus ganadores con novelas y novelistas de muy diversa filiación (de Miguel Delibes a Fernando Arrabal y de Juan Marsé a Juan Benet).

En cuanto a la inclusión de cierto tipo de novelas, claro está que algunos premios literarios tienden a ser otorgados a novelas de fácil lectura, no problemáticas. Pero esto no es una regla general e incluso puede decirse que los hay en los que sucede todo lo contrario (como ha pasado con el Biblioteca Breve o el Barral, por ejemplo). Este argumento ha sido el más usado por los que critican el sistema de los premios literarios. Isaac Montero es un buen ejemplo de ello cuando, en su artículo sobre el tema, que subtitula "treinta años de falsa fecundidad", escribe:

La discriminación no se limitó, sin embargo, a apartar determinados escritores difíciles para los gustos de un público de cuyo cerrilismo sobran pruebas. La discriminación de la temática ha sido mucho más contumaz. La guerra civil y sus secuelas ofrecen una impresionante temática que no se pudo tocar por imperativos de la censura (3).

La cita anterior es paradigmática no sólo en cuanto a los argumentos que usa, sino en que se encuentra llena de generalidades y juicios erróneos. Teniendo en cuenta que Montero escribió su artículo en 1969, no voy a aportar ejemplos -de los que hay muchos- de novelas premiadas con posterioridad a esa fecha. Voy a limitarme a las premiadas con anterioridad, en las que puede verse que los escritores y obras difíciles no fueron siempre apartados de los premios, ya que muchas veces se contaron entre sus ganadores. Libros de tema problemático como El Jarama de Sánchez Ferlosio, Primera memoria de Matute y Las ciegas hormigas de Pinilla ganaron el Nadal; Las afueras de Luis Goytisolo y Dos días de septiembre de Caballero Bonald ganaron el Biblioteca Breve; Las corrupciones de Jesús Torbado el Alfaguara, etc.

Libros de difícil lectura como los de Cabrera Infante y Carlos Fuentes: Tres tristes tigres y Cambio de piel, ganaron el Biblioteca Breve, y el renovado Daniel Sueiro ganó el Alfaguara con Corte de corteza. Las obras citadas anteriormente no son las únicas, sino que se podría hacer una larga lista. Pero incluso con solo dos ejemplos particulares puede demostrarse lo erróneo de la argumentación que se viene tratando en contra de los premios literarios. Creo que no sería difícil coincidir en que la novela con una problemática más crítica de la situación político-social del país publicada en España antes de 1969 es sin duda alguna La mina de Armando López Salinas, y no hay que olvidar que este libro fue publicado por Destino como finalista del Nadal. Asimismo todos estaremos de acuerdo en que las obras más complejas en cuanto a su dificultad textual antes de 1969 (y aún después) son las de Benet. Pues bien, en 1969 Una meditación recibe el premio Biblioteca Breve.

En cuanto a la exclusión de la temática de la guerra de los premios literarios basta señalar que la primera novela que se publica en España en la que la guerra es contada desde el punto de vista de los vencidos, lo es como ganadora de uno de los premios a los que se achaca la exclusión de dicha temática: Las últimas banderas de Angel María de Lera (pre-

mio Planeta de 1967).

Otro argumento común en la mayoría de los críticos que abordan el tema que estoy tratando se refiere a la supuesta falta de calidad de la mayor parte de los autores que han recibido un premio literario. Casi siempre se habla y escribe de una lista negra de autores no premiados. Lo curioso es que en esta lista a veces, como en el caso particular del artículo de Montero ya citado, aparecen autores que han sido premiados u otros que lo son al poco tiempo. La supuesta falta de calidad de los novelistas premiados no es necesario ni discutirla sino simplemente remitirse a la obra completa de muchos de ellos: Benet, Delibes, Luis Goytisolo, Caballero Bonald, Marsé, Carmen Martín Gaité, Ana María Matute, etc. O si se prefiere a una de las novelas clave de la postguerra: El Jarama de Sánchez Ferlosio.

Claro está que no todos los juicios críticos son contrarios al fenómeno de los premios. Quizá el autor que de una forma más ecuaníme haya tratado este tema sea José María Martínez Cachero. Su opinión, que básicamente comparto, es que la influencia de los premios literarios en la novela es doble, y la ha definido como sigue:

En el lanzamiento de nuestra novela de postguerra los premios fueron de gran utilidad, pero andando los años, la excesiva proliferación y los intereses personales, comerciales e ideológicos determinaron su baja (4)

La importancia que tanto para las novelas como para los novelistas de las primeras décadas de la postguerra tuvieron los premios literarios es algo obvio. Cierto es que no fueron el único motivo, pero sí uno de los más importantes para atraer lectores hacia las obras de novelistas españoles e incluso hispanoamericanos. Los premios favorecieron la difusión de obras de novelistas españoles, principalmente en los años 40 y 50, mientras que el mismo hecho con respecto a los narradores hispanoamericanos hay que situarlo una década más tarde, en la de los 60. También sirvieron como un antídoto en relación con la superabundancia de traducciones. Si se comparan las cifras de libros editados en 1945 con las de los editados veinte años después, se verá que en 1945 se publicaron 766 obras extranjeras traducidas, frente a 730 de literatura española, mientras que en 1965 aparecieron 8.083 obras originales en español al tiempo que las traducciones del mismo año no pasaron de 2.342 (5). Como puede apreciarse, de más del 50% de traducciones sobre el total de libros publicados en 1945 se pasó en 1965 a alrededor del 20%. No quiero implicar que el único motivo de este crecimiento relativo de originales españoles frente a las traducciones fueran exclusivamente los premios. Sin duda hubo otros factores. Pero lo que es cierto es que los premios han ayudado a promocionar el negocio editorial mediante la atracción de una serie de lectores que, guiados por la publicidad del premio, dirigieron sus intereses hacia novelas de autores españoles. Cuando de otro modo hubieran

seguido comprando y leyendo traducciones.

Conviene ahora examinar con cierto detalle los tres premios a mi parecer más importantes, el Nadal, el Planeta y el Biblioteca Breve -dejo fuera el de la Crítica ya que, aunque ha premiado a obras y autores muy importantes, al no estar respaldado por una editorial dada, funciona de distinta manera de los que aquí se examinan-.

El Planeta quizá sea el que haya premiado obras de menor calidad, aunque en los últimos años esto parece haber cambiado, pero tiene en su haber el ser el más popular y aunque no haya acertado siempre con las obras premiadas, sí puede asegurarse que el promedio de las mismas es de aceptable calidad. Desde su creación en 1952 ha sido el mejor dotado económicamente, aumentando su dotación año tras año. En la actualidad su obtención asegura al novelista, aparte de una fuerte cantidad de dinero, tiradas de su libro que a veces sobrepasan el medio millón de ejemplares. A lo largo de su historia ha sido concedido tanto a escritores noveles como a otros ya conocidos, inclinándose hacia estos últimos desde finales de los años 60. En los últimos años ha sido otorgado a los novelistas más leídos del país: Juan Marsé y Manuel Vázquez Montalbán, 1978 y 1979, así como a los de mayor calidad artística, por ejemplo Jesús Fernández Santos, 1982 (Juan Benet quedó finalista en 1980). La intención del Planeta ha sido desde el principio más promocional y menos literaria que la de los otros dos premios. Esto nunca ha sido ocultado, al contrario, el editor José Manuel Lara lo ha expresado claramente:

De lo que se trata... es no de buscar valores nuevos, puesto que esto surge por sí solo, sino de conseguir nuevos lectores. Personas que nunca han leído, aunque no sea más que por mera curiosidad, leen las obras premiadas. Muchos no vuelven a leer, pero a otros les entra el virus. He aquí como se consiguen lectores. (6)

El premio Nadal, aunque posee menor entidad económica, posee mayor entidad literaria. Al contrario que el Planeta, el Nadal ha sido otorgado mayormente a autores poco conocidos en el momento de la concesión del premio. Una de sus características más importantes es que, aparte de premiar novelas que pueden situarse dentro de la tendencia más tradicional de la narrativa española, como *Un hombre de Girónella*, *La sombra del ciprés es alargada* de Delibes o *Sobre las piedras grises* de Arbo, ha prestado gran atención a obras de escritores jóvenes, en su momento renovadoras, y ha servido como uno de los medios de lanzamiento de la generación del medio siglo (Rafael Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaité, Ana María Matute, etc.). Muy posiblemente sea el Nadal, en parte por ser el primero cronológicamente de los que se otorgan, el premio literario que más ha influido en la novela. José Luis Abellán afirma que el auge inmediato de la novela en los años posteriores a la guerra se produce "gracias muy primordialmente al estímulo de los premios

PREMIOS LITERARIOS

Nadal" (7). Para comprender totalmente esta afirmación tenemos que fijarnos no sólo en los autores galardonados con el premio sino también en los que quedaron en segundo o tercer lugar, que asimismo vieron sus obras publicadas por Destino. Incluso simplemente bastaría tener en cuenta que dos obras tan básicas en la novelística española de la postguerra como Nada y El Jarama fueron premios Nadal.

El último de los tres premios que se están tratando y que en la actualidad ha desaparecido, el Biblioteca Breve, fue patrocinado por Seix Barral entre 1958 y 1974. Como la misma casa editorial anunciaba, el intento del premio era el distinguir "aquellas obras que por su contenido técnico y estilo respondan mejor a las exigencias de la literatura de nuestro tiempo" (8). Seix Barral fue consecuente con este enunciado y entre los autores premiados con el Biblioteca Breve se encuentran los novelistas más innovadores de los años 60 e incluso de los 70. Hay que destacar que, de igual manera que se premiaron novelas pertenecientes al realismo social como Las afueras de Luis Goytisolo, Nuevas amistades de García Hortelano y Dos días de setiembre de Caballero Bonald, lo fueron aquellas que representaban un ataque a sus presupuestos ideológicos como Últimas tardes con Teresa de Marsé, o a los estilísticos como Una meditación de Juan Benet. El último premio otorgado en 1972 -ya que en el 73 quedó desierto y en el 74 desapareció- lo fue a una novela de claro carácter experimental: La circunferencia del señor solo de José Leyva. Otro aspecto que merece la atención con relación al Biblioteca Breve es que mediante él y al amparo de la editorial que lo patrocinaba se introdujo en España la nueva novela hispanoamericana. El otorgado en 1962 a La ciudad y los perros significó no sólo notoriedad para la narrativa de Mario Vargas Llosa -que se había dado a conocer al público español con un libro de relatos, Los jefes, que en 1959 obtuvo el premio Leopoldo Alas- sino la erupción tras el novelista peruano del resto de los narradores hispanoamericanos. En 1964 sería premiada Tres tristes tigres de Cabrera Infante y en 1967 Cambio de piel de Carlos Fuentes.

Basándose en todo lo expuesto anteriormente se puede concluir que los premios literarios han tenido en la novela española de la postguerra una influencia con dos vertientes. Una, la más importante y positiva, ha sido el atraer nuevos lectores y el servir de vehículo mediante el cual se dieron a conocer nuevos novelistas. A este respecto, lo que escribe Vargas Llosa con relación a Hispanoamérica puede acerse extensivo a la Península:

Hace medio siglo, en la mayoría de los países de América Latina, los escritores no escribían novelas porque, sencillamente, no tenían cómo publicarlas. (9)

Los premios literarios en España ayudaron a la actividad editorial mediante beneficios económicos a las editoriales y la mejora en su situación económica trajo consigo que

éstas no solo publicasen la novela premiada, sino también las que habían quedado en segundo, tercer o cuarto lugar. Pero el valor de los premios no se limitó al beneficio económico de los editores, sino, y esto es innegable, que se hizo extensivo al papel que desempeñaron en la promoción de nuevos escritores. La opinión de uno de estos, Miguel Delibes, que se dio a conocer con el Nadal, es ilustrativa al respecto:

Por otro lado, es difícil darse a conocer sin un premio. De ahí que cuando un joven me pregunta qué hace con una novela que acaba de terminar yo le digo: "Mándala al premio que más confianza te dé". Es lo que hice yo. Al fin y al cabo los premios son las oposiciones del novelista. (10)

Delibes no es caso único. Podemos tomar como ejemplo el de otro escritor más joven que él y hoy en día uno de los más leídos del país, Juan Marsé, quien comenzó escribiendo cuentos y novelas con la idea de enviarlos a algún premio. Recibió primeramente el Sésamo de Cuentos y en 1960 se dio definitivamente a conocer con la publicación de una novela que había quedado finalista con el mayor número de votos en el premio Biblioteca Breve (que dicho año quedó desierto). Su fama literaria se vio consolidada con Últimas tardes con Teresa, premio Biblioteca Breve de 1965, y su carrera como escritor profesional se ha mantenido económicamente con los diez mil dólares del premio Internacional de Novela México por Si te dicen que caí, los cuatro millones de pesetas del Planeta por La muchacha de las bragas de oro y muy especialmente con los lectores que la popularidad de dichos premios ha atraído hacia sus obras. No puede negarse que sin la existencia de los premios literarios y dada la situación en España en los años 40 y 50 e incluso en épocas más recientes habría sido muy difícil que la novela se hubiera desarrollado como lo ha hecho hasta nuestros días.

En cuanto a la vertiente negativa hay que indicar que su germen se encuentra en los mismos factores positivos. Las editoriales, al ver el buen negocio que los premios eran, abusaron en su creación, causando una proliferación de los mismos, que ha llegado incluso al caso que existan editoriales que otorgan varios premios a cada género literario. A esto se unió el que no solo editoriales, sino otros estamentos privados -bancos, cajas de ahorro, etc.- y oficiales -ministerios, ayuntamientos, diputaciones, etc.- comenzaron a dotar premios literarios, lo que contribuyó a crear el número increíble que hoy existe (11). Esta proliferación, que se llevó a cabo especialmente en la década de los 70, se encuentra excelentemente reflejada en el siguiente comentario de Francisco Umbral:

Luego, superando ese trauma, vino el de los premios literarios. Todo el mundo en mi profesión tenía el premio de alguna diputación provincial.

PREMIOS LITERARIOS

Y yo nada. Cuando me dieron algunos, siempre resultaban premios menores y de poco lucimiento. Los sacaba a relucir en el café, pero no impresionaban a nadie. (12)

El propio Umbral que irónicamente se refiere a los premios literarios sería, el mismo año que publicó el artículo citado, 1975, premiado con el Nadal por su novela Las ninfas.

A lo largo de los años 70 la importancia de los premios fue decayendo, y de ser vehículo y acicate para nuevas novelas y un nuevo público lector pasaron a ser un mero resorte del negocio editorial, otorgados a obras la mayoría de las veces de muy discutible calidad. Sin embargo, en la actualidad creo ver un cierto resurgimiento del valor literario de los premios, en especial de los dos más importantes: si se repasan los títulos premiados a finales de los años 70 y principios de los 80 con el Planeta o el Nadal, se verá que son en su mayor parte buenas novelas, quizá no las mejores, pero que en su conjunto forman un cuerpo novelístico de innegable calidad. El que uno de los últimos premios Nadal haya sido otorgado a un escritor tan polémico como Fernando Arrabal y que el mismo año el Planeta recayese en Jesús Fernández Santos, cuyas novelas se destacan por su alta calidad artística, creo que es ilustrativo y muestra la falacia de las aseveraciones ya discutidas en este artículo sobre la facilidad de lectura de las novelas premiadas y la falta de calidad de sus autores.

Hoy día, a pesar de que los premios literarios no poseen la misma importancia que en los años 40 y 50, no puede desestimarse el influjo que aún tienen en la novela actual. El caso del Planeta es claro a este respecto. Como ya se ha indicado, dicho premio es en el aspecto artístico el más controvertido y la intención de su creador más promocional que literaria. Pero aunque José Manuel Lara quizá sólo esté interesado en conseguir nuevos lectores para los productos de su industria editorial, no puede negarse que los incentivos económicos y de distribución que el premio conlleva atraen a su vez a nuevos escritores. Esto lo ha visto Vázquez Montalbán cuando tras apuntar que con la concesión del Planeta por Los mares del Sur pasó de vender 15.000 ejemplares de sus libros a sobrepasar el medio millón, asegura que los premios "no fomentan la lectura, sino la escritura" (13).

Los hechos confirman lo afirmado por el novelista. Si nos fijamos en el número y calidad de los manuscritos presentados al último Planeta, veremos que entre las 418 novelas que se sometieron al concurso hay bastantes de gran calidad, y que individualmente algunas de ellas no hubieran sido escritas si el premio no hubiese existido. Por otra parte, no sólo el interés crematístico ha guiado a los autores -aunque los doce millones de pesetas de la última edición del Planeta constituyan un buen incentivo- sino que primordialmente se sentían atraídos por la posibilidad de la distribución de sus obras en números similares al medio millón al que Vázquez Montalbán se refería. Francesc González Ledesma,

ganador del Planeta de 1984 con su novela Crónica sentimental en rojo, declaraba a La Vanguardia lo siguiente:

Entiendo que una novela ha de tener contenido, pero ha de llegar al lector por el camino más fácil. Creo que mi novela dice cosas importantes, pero en un lenguaje sencillo. (14)

Claro está que alguien que tiene las ideas que el texto citado expone desea ante todo llegar con sus obras al lector. Para lograr este fin no hay duda de que en el caso de González Ledesma la consecución del premio Planeta ayudó de forma crucial. Puede asegurarse que sin el premio, Crónica sentimental en rojo no hubiera ocupado, como fue el caso en 1984 y 1985, uno de los primeros lugares entre los libros más vendidos del país.

Sería de desear un sistema de distribución editorial que no forzara a los autores a concurrir a los premios literarios como único cauce de una mayor tirada de sus obras. Asimismo convendría una política cultural que estimulara tanto la lectura como la escritura y que hiciera innecesaria la existencia de estímulos de carácter puramente comercial. Pero hasta que todo esto sea realidad, no podemos sin más desembarazarnos de unos premios literarios que —como creo haber señalado a lo largo de este artículo— aun siendo de carácter comercial, han desempeñado un papel muy importante en la trayectoria de nuestra novela y de nuestros novelistas.

PREMIOS LITERARIOS

NOTAS

1. Como siempre, hay que hacer algunas salvedades. A partir de los años 70 han aparecido algunos trabajos que tratan el tema de una manera seria y ecuánime. Entre ellos cabe destacar los capítulos que Fernando Álvarez Palacios dedica a los premios literarios en su Novela y cultura española de postguerra, Madrid, Edicusa, 1975, "Los premios literarios", pp. 23-31, y "Los novelistas que no tuvieron premio, algunos fronterizos y marginales", pp. 33-40. Asimismo, con referencia al premio Planeta es de utilidad: Carlos de Arce, Grandeza y servidumbre de 20 premios Planeta, Barcelona, Picazo, 1972, y en relación al Nadal: Eduardo Godoy Gallardo, "Índice crítico-bibliográfico del premio Eugenio Nadal: 1944-1968", Mapocho, 22, 1970, pp. 109-136.
2. Aparte de comentarios en libros generales o en la prensa, este tipo de crítica se encuentra reflejado en Isaac Montero, "Los premios o treinta años de falsa fecundidad", Cuadernos para el diálogo, 14 extra, mayo 1969, pp. 73-84, y Julio Vélez, "Monopolización de los premios literarios", Cuadernos para el diálogo, agosto 1974, pp. 71-76.
3. Montero, op. cit., p. 81.
4. José María Martínez Cachero, Historia de la novela española entre 1936-1975, Madrid, Castalia, 1980, p. 346.
5. Las cifras aportadas provienen: las de 1945 de las sumas de las parciales ofrecidas por Valeriano Bozal, "La edición en España. Notas para su historia", Cuadernos para el diálogo, 14 extra, mayo 1969, p. 87; las de 1965 de José Luis Abellán, La cultura en España (Ensayo para un diagnóstico), Madrid, Edicusa, 1971, p. 33.
6. Declaraciones de José Manuel Lara a Santiago Córdoba, ABC, 12 de octubre de 1956, citado en Martínez Cachero, op. cit., p. 180.
7. José Luis Abellán, op. cit., p. 21.
8. Citado en Martínez Cachero, op. cit., p. 181.
9. Mario Vargas Llosa, "En torno a la nueva novela latinoamericana", en Agnes y Germán Gullón, eds., Teoría de la novela, Madrid, Taurus, 1974, p. 120.
10. En César Alonso de los Ríos, Conversaciones con Miguel Delibes, Madrid, Magisterio Español, 1971, p. 163.
11. La proliferación de los premios literarios se llevó a cabo muy particularmente durante la década de los setenta. Según cifras aportadas por Julio Vélez, de 1969 a 1974 se otorgaron un total de 783, de los cuales 221 correspondían al género narrativo. Op. cit., p. 316. En los últimos años su número parece haberse reducido y no alcanzar los niveles de los años setenta. De cualquier forma y según pone de manifiesto un reciente artículo, en la actualidad se concede un número muy alto de ellos: "Aproximadamente 300 premios literarios se fallaron el pasado año en España, con una dotación económica, en un conjunto, de 55.340.000 pesetas". C. Iriart y M. Aguirre, "Los premios literarios. A la caza y captura de mecenas". El País, 14 de octubre de 1984, p. 37.

12. Francisco Umbral, "Miércoles literario", en Suspiros de España, Madrid, Felmar, 1975, p. 130.
13. Citado en Iriart y Aguirre, op. cit., p. 39. Conviene notar que Álvarez Palacios difiere de la opinión de Vázquez Montalbán al escribir en la p. 24 de su ya citado libro: "A diferencia de lo que entienden voces más calificadas en la materia, veo que la modificación del gusto lector en una extensa época de nuestra historia literaria puede achacarse, de hecho, a los premios literarios".
14. En Rosa María Piñal, "He escrito una crónica sentimental y social, con fondo de novela policíaca". La Vanguardia, 16 de octubre de 1984.

